

Joseph KESSEL, *Hollywood, ciudad de ilusiones*

Traducido por Cristina Adrada Rafael  
*Universidad de Valladolid*

## INTRODUCCIÓN

Joseph Kessel nace en 1898 en Clara, Argentina. Hijo de exiliados rusos, pasa su infancia entre Rusia y Francia, donde su padre se instala como médico. En París realiza sus estudios de Letras y de Arte dramático. Se dedica al periodismo y a la literatura, actividades que enriquecerá con sus múltiples viajes. Su espíritu aventurero le hizo participar como aviador en la I Guerra Mundial. Entre sus obras destacan *L'Équipage* (1923), *Nuit de Princes* (1927), *Belle de Jour* (1929) –llevada al cine por Buñuel–, *Fortune carrée* (1930), *L'armée des ombres* (1944), *Le Lion* (1958) o *Les Cavaliers* (1967). Junto con su sobrino, el escritor Maurice Druon, creó el “Chant des partisans”, himno de los resistentes franceses contra el nazismo, que se haría popular en toda Europa. Ingresa en la Academia Francesa en 1962. Muere en Avernès, Francia, en 1979.

El fragmento que a continuación presentamos corresponde a las primeras páginas de la obra *Hollywood, ville mirage*, escrita en 1936, en la que describe los primeros años de la meca del cine. Este fragmento aparece igualmente publicado en su versión original francesa en la recopilación *Un monde plus grand...*,<sup>1</sup> volumen que reúne, bajo el tema “una ciudad, un autor”, a otros grandes escritores como Dos Passos, Bowles, Conrad, Hemingway o González Ledesma.

### I LA CIUDAD ENCANTADA

Los católicos tienen el Vaticano.  
Los musulmanes tienen La Meca.  
Los comunistas, Moscú.  
Las mujeres, París.

Pero, para los hombres y mujeres de todos los países, de todas las creencias, de todas las latitudes, existe una ciudad nueva nacida hace un cuarto de siglo, más fascinante y más universal que cualquier santuario. Se llama Hollywood.

---

1 Gallimard (col. Folio), 2000.

¡Hollywood!

En ella se fabrican, para los ciudadanos de todo el planeta, sueños y risas, pasiones, miedos y lágrimas. En ella se construyen rostros y sentimientos que se adoptan como modelos, como ideales, o que sirven de droga para millones de seres humanos. Y allí se forman nuevos héroes cada año para ilusionar a masas y culturas.

¿Quedará, en el campo o en la ciudad, algún muchacho o muchacha que, aunque solo fuera por un momento, no se haya estremecido o no haya amado bajo el signo de sus estrellas?

Hollywood...

Cuando me oían decir que volvía de sus estudios, una curiosidad casi salvaje ardía tras los rostros impasibles de los pueblos indígenas de Méjico y de los pequeños puertos venezolanos sumidos en una embriagadora humedad tropical. Había recorrido miles de kilómetros en avión. Después, un barco me había llevado pausadamente por todas sus escalas. Pensaba estar tratando con los seres más sencillos y auténticos. Pero no, el hechizo de la ciudad mágica también había llegado hasta allí.

¿Acaso ésta no posee, al servicio de su fama y de sus glorias, y más que ninguna otra capital del planeta, numerosos periodistas que se encargan de reflejar las bagatelas de su día a día?

Hollywood...

Tierra de exageraciones y de apodosos –*movieland, filmland, starland*–, tierra por ella misma devorada, desarraigada, situada en la orilla de azul y oro de un continente inmenso, bañada por el océano más extenso y ajena a cualquier convulsión terrenal, dejando que el fragor y la provocación mueran en su umbral. Como un planeta sobrenatural, sigue avanzando por encima de cataclismos y depresiones, arrastrando consigo sus sueños de artificio, sus figuras consagradas, sus besos y sus traiciones, como otros tantos mecánicos sortilegios.

Tal es el sentido absurdo y fantástico de esta ciudad que, por su destino e influencia, no se puede comparar a ninguna otra. ¿Cuál es entonces su entramado más accesible y visible?

Desde las afueras de Los Ángeles, un inmenso cuadrilátero de cemento se extiende hacia el Pacífico, hacia sus playas y graveras. ¿Qué importancia tienen los nombres que designan los diferentes fragmentos de esta figura geométrica? Beverley Hills, Glendale, Santa Mónica; no hay separación entre ellos. ¿No han aparecido alrededor de la célula madre como raíces secundarias que se extienden y se agarran fuertemente al suelo? ¿Y no se rigen por las mismas formas, las mismas leyes, el mismo ritmo y el mismo encantamiento?

Y aún podrán nacer nuevos barrios, más lujosos y espaciosos si cabe, extendiendo por los vergeles y las praderas la silueta desmesurada de Hollywood. Es este último nombre el único que se ha dado a conocer al mundo, el único que contiene en sí mismo toda la fuerza y todo el esplendor. Entonces, ¿para qué recurrir a otros?

De este modo, a lo largo de las cuatro o cinco avenidas que miden decenas de kilómetros, Hollywood es lo que une Los Ángeles con el océano. Y por todas partes se siente su exigente exclusividad, su estilo implacable.

La naturaleza, sin embargo, desplegaba en ese lugar sus mejores armas contra la uniformidad. Proporcionó a sus habitantes colinas, una llanura, una ribera. Y el hombre, allí más que en ningún otro sitio, ha tenido a su disposición los recursos del dinero, de la fantasía, del espacio y de la intrepidez.

Se ha servido de todos estos medios. Ha construido, demolido y vuelto a construir, dilapidando despreocupadamente grandes cantidades de dinero en tierra, paredes y tejados, jardines y muebles.

Entre las avenidas, que parecen dispuestas como desagües gigantescos en las faldas de las colinas o a lo largo de las playas, se alinean de manera casi perfecta residencias bajas y elegantes, casas de campo, bungalós y hoteles privados. Pocos reflejan mal gusto. La abundancia de casas con encanto sorprende y, en un primer momento, cautiva completamente las miradas. La variedad no estropea la armonía. Por doquier, jardines con piscinas que centellean. Por doquier, fuentes y luces acertadas. Las avenidas, bordeadas de césped, de palmeras o de magníficos sicomoros, parecen fundirse en una bruma radiante que tiene algo de ilusión pueril y de cuento para mayores.

Desde las alturas, se descubre un paisaje exquisito adoquinado de verde y cortado por bellas sombras, resaltado por las colinas y engrandecido por el océano. Todo, insisto, lo han hecho la naturaleza y el hombre, para dar a Hollywood la diversidad de la gracia y de la seducción.

Sin embargo, en esas avenidas de ensueño no se oye a un solo niño, ni el ladrido de ningún perro, tampoco se ve a nadie en las ventanas.

Sin embargo, en esas casas, donde el confort del interior es igual a la suntuosa sencillez de las fachadas, no se percibe vida. Aunque estén habitadas por diez personas, se antojan vacías e intercambiables.

Sin embargo, en las arterias principales no hay transeúntes. Entre las aceras desiertas, los vehículos circulan, circulan sin cesar unos detrás de otros, como eslabones de una cadena interminable. Es la única ciudad del mundo donde se ve a los vendedores ambulantes despachar los periódicos en medio de la calle, en los cruces en donde señales luminosas y brazos mecánicos detienen, durante unos pocos segundos, el discurrir de los coches.

Sin embargo, para ver a un amigo, para comprar una fruta –en esos mercados que parecen naves de fábricas con pilas de productos rigurosamente alineadas– hay que recorrer kilómetros y kilómetros.

Todo está lejos, todo es inanimado, todo se pone en marcha automáticamente, hasta la belleza y la gracia misma, bajo un cielo que parece, por su frialdad, disolver la sangre del recién llegado.

Este carácter irreal, inhumano, esta afectación ineficaz, este juego sin calor ni vida es más fuerte que cualquier riqueza y cualquier prestigio. Y él es quien da a Hollywood una monotonía y una vanidad de ensueño anodinas.

Es como si genios secretos agotaran la esencia de esta tierra embaucadora que desmiente tantas promesas. Estos genios no son difíciles de encontrar. Incluso se pueden descubrir con bastante facilidad. Basta, para ello, cruzar el umbral de las colosales ciudadelas de las finanzas y del trucaje, que reciben el nombre de “estudios”.

## II LAS FÁBRICAS DE ILUSIONES

En 1912, a las puertas de Los Ángeles comenzaba el campo.

Las tierras baldías, los prados, las huertas y las plantaciones de naranjos constituían por entonces todo el adorno de la costa californiana. En la agreste tranquilidad, en la suave y total armonía del paisaje, las casas, distantes entre sí, se escondían tras los árboles: granjas de campesinos, casas de veraneo, ranchos de ganado. Y mientras los jinetes corrían por los caminos, carros tirados por dos caballos se desplazaban lentamente.

Hoy en día, ya no queda nada de aquella época bucólica. Las pistas interminables de cemento sobre las que se desplazan sin parar miles de insectos de metal, han acabado con aquella tierra de fragancias. Y es que una gran masa humana, la población de Hollywood, ha hecho de ella su termitero.

En un tercio de siglo, California ha vivido su tercer *rush*, su tercera avalancha hacia la fortuna, su tercer Eldorado. Primero, fue el oro. Luego, el petróleo. Ahora, es el turno de las películas.

Estas han tenido también sus promotores, sus pioneros, sus fiebres y sus víctimas. Al igual que sus predecesores, han conocido su período heroico y sus años de aventura. Pero, también al igual que ellos, se han sometido rápidamente a leyes fijas, a un código inexorable. Se han convertido en una industria.

Una industria pesada.

Rival de las más poderosas y de las más productivas.

La Metro-Goldwyn-Mayer construyó sus edificios sobre un campo de petróleo. ¿Hay algo más elocuente y brutal que este desprecio por un líquido por el que otras naciones de destrozan unas a otras?, ¿más elocuente que esta preferencia dada a la fábrica de imágenes sobre los pozos de riqueza oleosa?

Es fácil distinguir, por poco que se haya vivido en Hollywood, los elementos favorables que, en este punto de la tierra, determinaron el nacimiento y el prodigioso desarrollo de una empresa singular entre todas. Un clima y una iluminación constantes, intensos y propicios a lo largo de casi todo el año, la cercanía del océano, la proximidad de las montañas, del desierto, de la maleza, tal es el panorama que la naturaleza aportaba a los productores de imágenes.

El pasado mes de abril, me bastaron algunas horas al volante para pasar en un momento de paisajes nevados a dunas abrasadoras. Prácticamente todo lo que el universo tiene de contrastes, de perfiles violentos, atormentados, opuestos y romanescos, se encuentra reunido en los alrededores de Hollywood.

Pero este panorama de la naturaleza resultó no ser suficiente. Aún faltaba, y era totalmente necesario, la presencia en la zona de un núcleo urbano. Alojamiento de los primeros equipos, selección de los figurantes y de los operarios, seguridad de los suministros... solo así se podrían conseguir. De este modo, antes de que se construyera la maquinaria de Hollywood, antes de que se reuniera su población, Los Ángeles jugó este papel indispensable.

Los Ángeles era una gran ciudad, una de las más grandes de los Estados Unidos. Mejicanos, chinos, negros, *cowboys*, japoneses, todos convivían codo con codo. Además, había muchas mujeres bellas. ¡Cuánto material humano para los primeros directores!

Y así fue cómo la concurrencia de dos factores esenciales –las comodidades de la naturaleza y las de la gran urbe– ubicó allí de modo ineludible el reino del celuloide.

Ahora, una inmensa ciudad se ha segregado de Los Ángeles. Ciudad de nombres diversos, que ha llegado hasta las colinas y que prosigue sin tregua con su crecimiento, con sus conquistas. Está totalmente consagrada al oficio de la imagen, que le da la vida.

He intentado describir su carácter extraño: esplendor acabado, dulzura engañosa, hechizo inhumano, irreal, que duerme en las calles sin transeúntes y sin voces. Hace falta un poco de tiempo para introducirse en esta vida vacía, en este extraordinario desierto florido. Pero, una vez que se ha conseguido la clave, todo se ilumina con la luz más transparente.

Hollywood es una ciudad obrera.

Bajo su apariencia de calma y ocio, bajo su lujoso caparazón, se asemeja a las ciudades mineras, a las aglomeraciones de altos hornos que se vacían desde el alba hasta el atardecer para mandar a su población a las galerías o al trabajo en cadena. Hollywood fabrica imágenes parlantes del mismo modo en que Ford lanza automóviles.

Lo que hay de vivo, real y verdadero en Hollywood no son las calles, ni las casas, ni los mercados. Son los estudios, o mejor dicho, las fábricas de películas, que seguimos denominando con un nombre que ya no se ajusta ni a sus dimensiones ni a su función.

Y ello, porque se trata de una fuente formidable de riqueza, de un movimiento de dinero que se cuenta por miles de millones. Se sirven de una masa de trabajadores y hacen vivir a todo un país.

Confieso que desconozco el número exacto de estudios en Hollywood. Cada empresa, incluso la más pequeña, tiene el suyo propio. Los hay especializados en películas de *cowboys*, otros en películas policíacas, otros en historias para niños, otros “trabajan” lo grosero y otros el sentimiento. Esta discriminación lleva en sí misma la marca de una gran ciudad industrial.

Pero, si queremos tener una idea de conjunto, una visión sorprendente de lo que significa, en la actualidad, el cine en América, es efectivamente a los estudios de una de las cuatro o cinco sociedades principales donde hay que acudir. Que sea la Fox Twentieth Century, la Metro-Goldwyn-Mayer, la Paramount o la Universal, la impresión es prácticamente la misma: uno sale de allí abatido, aturdido, y dudando casi de su propia existencia.

Cada uno de estos estudios constituye una ciudad dentro de la ciudad. Su acceso está protegido por muros infranqueables, por vigilantes que solo ceden ante un pase minuciosamente firmado, sellado y timbrado.

Cuando el visitante ha superado esta barrera de centinelas, esta especie de defensa militar, encuentra ante él un espacio del que no alcanza a ver los límites, ni tampoco el final. Solo se puede recorrer un estudio de esta envergadura *en automóvil*. Y esto incluso lleva horas. En el interior de este recinto, los trabajadores, o los figurantes, se ven obligados a desplazarse en autocar. ¿Cómo describir lo que vamos descubriendo al movernos por estas ciudadelas fortificadas, por este mundo al que no llega ningún eco de vida, en el que todo se encuentra trucado, transformado, reconstruido al antojo de un enfoque necesariamente manipulador?

En un laberinto de decorados levantado durante años, pasamos, en unos segundos, de la selva a la plaza Vendôme, de la tasca árabe al trasatlántico de tamaño real. Aquí una callejuela de provincias francesa y allá Picadilly. Bueyes de Indias pacen junto a las nieves de Alaska. Soldados franceses se extienden por una trinchera llena de barro mientras que, unos metros más allá, en un canal se bañan unas mujeres tonquinesas, o unos millonarios beben cócteles bien frescos en una conocida playa de Florida.

Pero no nos equivoquemos con esta fantasía. Solo es superficial. Solo es el artificio de la fábrica.

Como artificio son esos edificios suntuosos reservados a los autores, a los músicos. El engranaje funciona sin escrúpulo alguno. Todo está organizado, jerarquizado, tipificado. Hasta el pensamiento, hasta la inspiración.

Todos los escritores, todos los compositores, aunque sean ilustres, aunque cobren cuatro duros o toda una fortuna por semana, *deben* ser productivos tras las puertas de sus despachos rigurosamente numerados. Su presencia es requerida desde las nueve de la mañana con la misma exactitud que la del trabajador que ficha a su entrada a la fábrica. Allí les esperan sus herramientas de trabajo: la máquina de escribir, la biblioteca, el piano, el órgano o el violín.

Son uno más entre los operarios, las estrellas, los figurantes, los montadores, los ingenieros de sonido, los doctores, los enfermeros y enfermeras (puesto que estas ciudades tienen sus propios hospitales), las secretarias, los barrenderos, en definitiva, entre el reducido muestrario de la

humanidad que se agita para beneficio y gloria de esa especie de templo levantado en medio del estudio.

Este es esplendor y silencio. De él depende la fábrica de ilusiones. En él se reúnen los dioses del Olimpo: los *executives*, y los verdaderos dueños del lugar: los *producers*.